

EGUZKILORE

Cuaderno del Instituto
Vasco de Criminología.

35 - 49

“LA DELINCUENCIA JUVENIL: FACTORES PREDICTIVOS”

Enrique ECHEBURUA ODRIOZOLA

*Decano de la Facultad de Filosofía
y Ciencias de la Educación.
Universidad del País Vasco.*

Palabras clave: Delincuencia juvenil, factores predictivos, prevención primaria

Hiz garrantzizkoenak: Gazte-delinkuentzia, auresateko faktoreak, lehenengo prebentzioa.

Paroles clés: Délinquance juvénile, facteurs prédisposants, prévention primaire.

Key words: Juvenile delinquency, predicting factors, primary prevention.

Resumen: Se estudian los principales predictores de la delincuencia juvenil y se intenta delimitarlos, en particular aquellos relacionados con una delincuencia adulta reincidente. Hay unas variables sicosociológicas bastante precisas y constantes, pero se ignora como interactúan. Las estrategias de prevención primaria deben tener objetivos definidos y establecerse a partir de los predictores.

Laburpena: Gazte-delinkuentzia auresateko faktore garrantzizkoenak aztertu eta bereizten ahalegindu zen, helduen berrerortze-delinkuentziari atxekiturik datozenak batik bat. Badaude ere aldaera psikosoziologikoak nahiko zehatzak eta iraunkorrak direnak, baina ez dakigu nola eragiten dioten elkarri. Lehen mailako prebentziorako estrategiak xede mugatuak izan behar ditu auresatekoetan oinarriturik.

Résumé: On étudie les principaux facteurs de la délinquance juvénile et on essaie de les délimiter, en particulier ceux en relation avec une délinquance adulte récidiviste. Il y a des variantes psychosociologiques assez précises et constantes, mais on ignore comment se produisent les interactions. Les méthodes de prévention primaire doivent avoir des objectifs définis et s'établir à partir des facteurs.

Summary: The most important juvenile delinquency predicting factors are here studied attempting also to delimit them, specially those connected with recidivist adult delinquency. There are precise and constant psychosociological causes but the interaction between them remains unknown. Primary prevention strategies must have some, defined objectives, being those strategies established from juvenile delinquency predicting factors.

INTRODUCCION

El aumento de la delincuencia, especialmente en las áreas urbanas industrializadas, ha suscitado una preocupación generalizada en la población y un gran desarrollo de los esfuerzos teóricos y terapéuticos de los profesionales. En Estados Unidos el número de actos delictivos graves se ha duplicado desde 1940 a 1980, y el 34% de ellos han sido cometidos por menores de 18 años (Redd, Porterfield y Andersen, 1979).

La delincuencia juvenil, en función de su relevancia social y de las perspectivas de futuro que plantea, ha sido el centro de interés de la mayor parte de las investigaciones sobre la delincuencia. El problema de los delincuentes juveniles consiste en que su historia de aprendizaje no ha transcurrido en el sentido que es habitual para la mayoría de los jóvenes. El resultado es que los delincuentes chocan constantemente contra las reglas de la sociedad (por más que éstas sean aplicadas en forma humanitaria) y que ellos mismos pierden su orientación en la vida (Echeburúa, 1985).

La delincuencia ha sido valorada, fundamentalmente, desde una perspectiva sociológica (cfr. Elliott, Ageton y Canter, 1979) o como un período de transición del adolescente según las formulaciones psicoanalíticas (cfr. Gold y Petronio, 1980). De ahí que, de estos enfoques, se pueda conceptualizar la delincuencia juvenil como el producto resultante de unas condiciones globales sociales y económicas y/o de las dificultades transitorias de adaptación durante la adolescencia. El estudio de la delincuencia juvenil se sitúa, pues, a medio camino entre las disciplinas sociológicas y las psicológicas.

Desde una perspectiva psicológica, entre los factores que contribuyen a las pautas de conducta delictivas figuran, frecuentemente, el reforzamiento de la agresión, la ausencia de habilidades adecuadas (escolares y profesionales) para la resolución de problemas, el uso de castigos físicos severos e inconsistentes por parte de los padres, un historial de pequeños robos, los efectos de la etiquetación de «delincuente» y el modelado de la agresión (a través de padres, compañeros y medios de comunicación). Todavía no sabemos con exactitud cuál de entre éstos es el factor más relevante en cada persona, y en el caso de que haya más de un factor relevante, cuál es el peso específico que tiene cada uno de ellos (Echeburúa, 1985).

Este trabajo se centra sobre los factores predictivos de la delincuencia juvenil. Al margen de algunas cuestiones genéricas (por ejemplo, que la aparición de conductas delictivas variadas y numerosas a una edad temprana —10 ó 12 años— tiene un peor pronóstico ante el desarrollo social posterior de la persona que si el comienzo de la actividad delictiva surge cuando uno es ya adolescente), se sabe poco sobre este tema. Muy pocos estudios sobre delincuencia juvenil han utilizado el diseño de investigación longitudinal, que es el más eficaz para evaluar los factores predictivos. Los pocos estudios longitudinales disponibles (por ejemplo, Gluek y Gluek, 1968; Bachman, O'Malley y Johnston, 1978), en los que se estudia a los mismos sujetos en intervalos regulares de tiempo, aportan una información particularmente útil referente a la influencia de las experiencias tempranas sobre la conducta posterior. Los estudios longitudinales ayudan a identificar los factores predictivos de la delincuencia debido a que, a diferencia de otros estudios, no se apoyan en percepciones a posteriori al efectuar sus evaluaciones.

La delimitación de los factores predictivos de la delincuencia es especialmente relevante desde el punto de vista de la prevención primaria. Los programas terapéuticos se han mostrado, en general, inefectivos (McCord y Sánchez, 1983; Lipton, Martinson y Wilks, 1975), si bien es cierto que la evaluación sistemática sólo se ha verificado sobre los programas institucionales o residenciales. Los delincuentes juveniles constituyen una población «especialmente difícil» y «reacia» a las técnicas de cambio psicológico, probablemente porque la comisión de delitos les depara una fuente de satisfacción material y social y porque no es fácil proporcionarles alternativas de reforzamiento a *corto plazo* con conductas socialmente adaptadas (Garrido, 1986). De ahí que la investigación sobre los factores predictivos y las estrategias de prevención consecuentes constituyan una tarea de primer orden en el abordaje de la delincuencia juvenil.

RELACIONES FAMILIARES

Algunos investigadores, como es el caso de Gluek y Gluek (1968) o el de Haskell y Yablonsky (1982), mantienen que existe una conexión causal directa entre hogares rotos y conducta delictiva. Como muestra la Tabla 1, sí existe una relación clara entre hogares rotos (por divorcio, separación o fallecimiento) y delincuencia juvenil en un conjunto amplio de estudios realizados. Desde un punto de vista cualitativo, hay también una cierta relación entre la desorganización familiar y la reincidencia en el comportamiento delictivo del joven (Ganzer y Sarason, 1973).

TABLA 1

Incidencia de hogares rotos entre los delincuentes juveniles y entre grupos de control no identificados como delincuentes.

Autor(es) del estudio	Sexo	Porcentaje de sujetos que provienen de hogares rotos.	
		Delincuentes juveniles	Grupos de control no delincuentes
Weeks y Smith (1939)	Chicos	41,4	26,7
Shaw y McKay (1942)	Chicos	42,5	36,1
Merrill (1947)	Chicos y chicas	50,7	26
Gluek y Gluek (1950)	Chicos	60,4	32,4
Nye (1958)	Chicos	23,6	17,6
Koller (1971)	Chicas	61,5	12,9

Fuente: J. Roy Hopkins: *Adolescencia. Años de transición*, Madrid: Pirámide, 1987, pág. 364.

Aunque son múltiples los factores ambientales familiares que están asociados a las conductas delictivas en la infancia y en la adolescencia, el factor más importante es la calidad de la relación conyugal (McCord, 1979). La separación de los padres y el divorcio tienen un impacto diferente en la conducta del niño según la edad. Los niños que viven el divorcio de sus padres con menos de 5 años están más predispuestos a desarrollar problemas de conducta que los niños de más edad (Heatherington, 1979; Wadsworth, 1979). El período crítico de la separación de los padres se establece durante los dos primeros años después del divorcio, en que los niños varones muestran una tendencia a manifestar irregularidades de conducta tales como agresión, desobediencia y dependencia (Heatherington, 1979).

Otros factores familiares asociados a la delincuencia infantil y juvenil son la separación temprana y la hospitalización del niño problemático (Wadsworth, 1979), la muerte de un familiar cercano (Jones, Offord y Abrahams, 1980) y el desempleo paterno (Tonge, James y Hillan, 1975). Todas estas situaciones aumentan el estrés del sistema familiar, con la peculiaridad de que la acumulación de factores estresantes aumenta los efectos de forma multiplicativa más que sumativa (Rutter, 1979).

Se ha estudiado también la relación entre la adopción y la delincuencia juvenil a través de una variable intermedia, como son los décsis de socialización. Los niños adoptados tardíamente (después de los 4 años) desarrollan vínculos aparentemente profundos con sus padres adoptivos, pero, sin embargo, tienden a mostrar problemas conductuales y de atención en la escuela que son similares a los observados en niños que han permanecido residiendo en instituciones y que no han establecido ninguna vinculación afectiva con sus padres (Tizard y Rees, 1975). La vincula-

ción afectiva debe, pues, acontecer en la infancia temprana (es decir, antes de los 4 años de edad) para así prevenir problemas potenciales de socialización durante la infancia media.

Las pautas de conducta modeladas y promovidas por los padres están estrechamente asociadas con el desarrollo de pautas de conducta similares en los niños. Los padres y madres que muestran estilos de vida contrarios a las expectativas sociales normales (por ejemplo, delincuentes, alcohólicos,...) favorecen la probabilidad de tener hijos delincuentes (McCord y McCord, 1959). De hecho hay una relación positiva entre delincuencia paterna y delincuencia en los hijos (Gluek y Gluek, 1968), más quizá por la adhesión a los valores irregulares del padre que por la influencia directa del modelo de conducta delictiva (Moore y Arthur, 1986).

El tipo de disciplina paterna —y, por tanto, de control de la conducta del niño— guarda una relación estrecha con la adaptación social posterior del niño. La aplicación sistemática del castigo, sobre todo del castigo físico, genera en el niño la aparición de conductas violentas y la utilización por él mismo de la violencia como forma de control de la conducta de los demás. Straus, Gelles y Steinmetz, (1980) han puesto de relieve que el uso de la violencia física durante los conflictos familiares aumenta la práctica de conductas violentas por parte de los niños y es un predictor de la utilización de la violencia por los ahora niños en los conflictos familiares que tengan cuando sean adultos. Cuando se comparan delincuentes juveniles violentos y no violentos, los delincuentes violentos han sido con frecuencia testigos de algún incidente extremadamente violento y/o han sido víctimas de algún ataque violento (por ejemplo, maltrato infantil) (Welsh, 1976; Lewis et al., 1979). Desde un punto de vista cualitativo, la coherencia de la conducta de los padres es más importante que los métodos utilizados por ellos para conseguir sus demandas. De hecho Sawin y Parke (1979) han mostrado que la aplicación sistemática del castigo de forma incoherente da lugar a respuestas más agresivas por parte de los niños que cuando dicho castigo es aplicado coherentemente. En suma, la aplicación de conducta aver-siva, errática y no contingente da lugar a pautas de respuestas agresivas que son muy resistentes al cambio (Moore y Arthur, 1986).

ESTATUS SOCIOECONOMICO Y RELACIONES SOCIALES

Los adolescentes de las clases bajas son más propensos a involucrarse en conductas delictivas que los adolescentes de clases medias o altas (Roy, 1987). Ahora bien, hay una sólida relación inversa (clase social baja/nivel de delincuencia alto) en las áreas urbanas, en las grandes ciudades, pero tal relación queda disminuida en las zonas semiurbanas y prácticamente anulada en las áreas rurales (Garrido, 1986).

El aislamiento social ha sido asociado a numerosos tipos de trastornos e irregularidades familiares. El aislamiento social es característico de familias con maltrato infantil (Garbarino, 1977), de familias con niños predispuestos a la delincuencia (Wahler, 1980) y de familias con diversas alteraciones psicopatológicas o con problemas

conyugales (Tonge et. al., 1975). La «teoría del control» (Hirchi, 1969) ha puesto de relieve la importancia de la integración social como inductora de la conformidad social a través del establecimiento de vínculos con la sociedad convencional.

La interacción de variables familiares y sociales tiene un gran valor predictivo en la delincuencia juvenil. De hecho la falta de cohesión familiar es altamente predictiva de delincuencia sólo cuando las familias viven en barrios deteriorados social y físicamente. Las influencias de apoyo propias de los barrios adecuados mitigan, al menos en parte, los efectos negativos de una cohesión familiar pobre. Incluso desde un punto de vista cualitativo, la pertenencia de un delincuente juvenil a un barrio bien equipado es un buen predictor de su «reformabilidad», en mucha mayor medida que la pertenencia a un barrio pobre. De ahí que los efectos potencialmente positivos de vivir en un ambiente comunitario de apoyo puedan tener mayor impacto en la conducta del adulto que en la del adolescente (McCord y McCord, 1959; Moore y Arthur, 1986).

Desde esta perspectiva sociofamiliar, un predictor de delincuencia juvenil está constituido por un nivel socioeconómico bajo, unas condiciones pobres de vivienda y una familia numerosa, sobre todo cuando ésta consta de cuatro o más niños (Wadsworth, 1979). Mientras que estos y otros factores parecen contribuir a la delincuencia, su naturaleza interactiva hace imposible delimitar una relación causal específica. Es un hecho que la delincuencia juvenil está vinculada a la clase socioeconómica baja, pero este hecho ha sido interpretado como un reflejo de criminalidad paterna (Robins, 1966), de unas condiciones de vida caracterizadas por la pobreza y el hacinamiento (West y Farrington, 1973) y de la incapacidad mental o física de los adultos activos laboralmente (Tonge et al., 1975). Las familias situadas en unas circunstancias sociales predisuestas a experimentar situaciones crónicas de crisis múltiples, como paro, vivienda pobre y aislamiento social, están inmersas en unas condiciones ambientales que limitan claramente las habilidades de los padres para tratar al niño de modo adecuado y coherente y enseñarle a hacer frente a las dificultades (escolares, sociales, económicas,...) que se le planteen de forma apropiada (Moore y Arthur, 1986).

La influencia de los compañeros es una variable relevante en la delincuencia juvenil, como lo prueba el hecho de que la mayoría de los delitos sean cometidos por grupos de dos o más jóvenes y de que haya una tasa de delincuencia de, aproximadamente, el 45% entre los jóvenes que indican que sus amigos han cometido (o cometen) actos delictivos con frecuencia (West y Farrington, 1973; Poole y Regoli, 1979). Ahora bien, la influencia de los compañeros interactúa con otras dimensiones. Cuanto mayor es el compromiso del niño con la conformidad social, tanto menor es la influencia que los compañeros delincuentes ejercen sobre la conducta del niño (o adolescente), de modo que los efectos adversos de los compañeros delincuentes son más intensos cuando el chico no ha llegado a alcanzar los objetivos normativos (Elliot y Voss, 1974).

DIFERENCIA DE SEXO

Uno de los hallazgos más consistentes de las investigaciones sobre la conducta delictiva es que ésta se da con una frecuencia superior entre los hombres. Se ha señalado que el índice de *delincuencia oficial* (la registrada en los juzgados o en los tribunales de menores) en una muestra normativa de mujeres era del 2% (Wadsworth, 1979), aproximadamente la décima parte del obtenido en varones. No obstante, los índices de *delincuencia real* (la que se verifica en realidad, independientemente de que se descubra o no), investigada a través de los autoinformes anónimos de conducta delictiva, ponen de relieve que la frecuencia media de actos delictivos es superior entre los varones, pero con una diferencia notablemente menor que en el caso de la *delincuencia oficial*. La proporción de 2 a 1 de actos delictivos *reales* entre varones y mujeres parecer ser una cifra bastante precisa (Kratcoski y Kratcoski, 1975).

Desde una perspectiva cualitativa, las chicas adolescentes se especializan en ciertos tipos de conductas delictivas. Mientras que los delinquentes juveniles varones manifiestan una amplia variedad de conductas, las chicas, por el contrario, poseen un repertorio delictivo bastante limitado. Según los índices de *delincuencia oficial*, los delitos de las adolescentes consisten en delitos de índole sexual, en vagabundeo, fugas y robos de tipo cleptómano (Friedman, 1969). La asignación de delitos de índole sexual a las adolescentes no es, sin embargo, ajena a las pautas culturales al uso y a las expectativas del comportamiento «normal» de la mujer «media». Desde el ámbito de la *delincuencia real*, los actos delictivos de las chicas adolescentes son más variados de lo que se ha señalado anteriormente, pero, en general, son de menor gravedad que los de los chicos y rara vez tienden a implicarse en delitos graves (robos de grandes cantidades, peleas contra otras bandas, apuestas, conductas sexuales de extrema promiscuidad,...) (Hindelang, 1971). Es más, la existencia de *delincuencia juvenil* en las mujeres no parece tener tan mal pronóstico a largo plazo como la de los varones (Robins, 1966).

Se han atribuido a diferentes razones las diferencias de comportamiento delictivo en adolescentes masculinos y femeninos. Se ha señalado, por ejemplo, que las niñas, por naturaleza, no son tan vulnerables a los estresores y a la privación como sus compañeros varones (Rutter, 1979) o que las niñas no tienen el apoyo de su grupo de compañeros para incurrir en una conducta antisocial (Gold y Petronio, 1980). Al parecer, hay también una disonancia cognitiva, desarrollada precozmente por medio de la educación, entre el hecho de autoidentificarse como mujer y el cometer actos delictivos, disonancia que ejerce un tipo de control sobre las adolescentes en el desempeño de la conducta delictiva.

Aunque la disparidad que aparece entre los sexos es uno de los resultados más fiables en el área de la conducta delictiva, también es uno de los temas menos investigados. Es significativo, por ejemplo, que dos de los estudios longitudinales más rigurosos sobre la *delincuencia* —el estudio de Gluek y Gluek (1968) y el proyecto «Juventud en transición» (Bachman, O'Malley y Johnston, 1978)— no hayan incluido a chicas adolescentes en sus muestras. De hecho aún no se ha realizado nin-

gún estudio longitudinal relevante que incluya en sus muestras tanto a varones como a mujeres.

LA INTELIGENCIA Y EL NIVEL DE ESCOLARIDAD

El nivel intelectual de los delincuentes, medido a través de los tests de inteligencia es, en general, más bajo que el del resto de la población (Roy, 1987). Ocurre, sin embargo, que el desarrollo de la inteligencia está mediado por las condiciones afectivas y de estimulación (sensorial, motriz, de espacio físico, etc.) en que se desenvuelve el niño. El bajo nivel intelectual de los delincuentes es, pues, al menos en parte, una consecuencia del hecho de que la mayoría de estos procede de clases sociales bajas, ya que las experiencias sociales y culturales deficitarias, presentes en tales estratos sociales, impiden el desarrollo de la inteligencia al mismo nivel que el alcanzado por las clases sociales medias y altas (Garrido, 1986).

No está muy claro si es el bajo nivel intelectual el que facilita la conducta delictiva a través de producir el fracaso escolar o si son las deficientes condiciones sociales y familiares las que producen un rechazo de la escuela por parte de los niños, lo que lleve al fracaso escolar y al infradesarrollo de la inteligencia tal y como la miden los tests. Quiere con ello decirse que tanto la delincuencia como la baja inteligencia pueden reflejar las mismas causas: falta de motivación para el logro escolar, pocas esperanzas de progresar a través del estudio... (Garrido, 1986).

Los datos disponibles hasta la fecha permiten extraer las siguientes conclusiones sobre la relación entre inteligencia y delincuencia (Garrido, 1986; Loeber y Dishion, 1983):

- a) Hay una relación entre delincuencia y baja inteligencia, pero no es muy intensa.
- b) La baja inteligencia se asocia con un rendimiento escolar insuficiente en poblaciones de delincuentes.
- c) El fracaso escolar es uno de los mejores predictores de la delincuencia. Un estudio llevado a cabo por el japonés Kiyonaga (1983), y en el que se siguieron los pasos de 520 delincuentes juveniles desde los 14 hasta los 20 años de edad, encontró que el éxito escolar era una de las mejores estrategias preventivas de la reincidencia.
- d) Las dificultades y experiencias negativas en la escuela surgen temprano en la vida de los futuros delincuentes juveniles, incluso con la aparición de dificultades de aprendizaje en el período preescolar. Por otra parte, los alumnos que vivencian más negativamente su paso por la escuela son los que tienen una probabilidad más alta de comportarse en ella de modo violento, agrediendo a compañeros y profesores y cometiendo destrozos.

La escuela, junto con la familia, es el gran agente de socialización de nuestra sociedad. Los niños y jóvenes que acuden regularmente a la escuela y se esfuerzan por obtener un buen rendimiento tienden a aislarse de aquellas compañías y activi-

dades que favorecen el desarrollo de conductas ilegales. Los niños y jóvenes que provienen de hogares problemáticos están peor equipados para el desempeño escolar que los educados en hogares felices. Esto puede constituir un factor muchas veces frustrante para esos alumnos, ya que no se ven preparados ni motivados para el éxito académico, lo que les puede inducir a despreocuparse de la escuela y a implicarse en actividades delictivas, quizá como una forma alternativa de demostrar que pueden triunfar en otros campos de la vida.

Se puede decir, en conclusión, que los niños y jóvenes menos capaces y de peor conducta en la escuela (generalmente provenientes de hogares problemáticos) tienen muchas más probabilidades de cometer delitos que aquellos con buen rendimiento académico y bien integrados en el medio escolar (provenientes en su inmensa mayoría de familias bien ajustadas) (Garrido, 1986).

VARIABLES PSICOLOGICAS

La conducta delictiva en la adolescencia está influida específicamente por factores situacionales, pero hay también algunas características de personalidad y variables psicológicas de los ejecutores de este tipo de conductas que son relevantes y, hasta cierto punto, predictoras de la delincuencia juvenil. Los intentos por perfilar una «personalidad criminal» diferencial desde una perspectiva global han resultado infructuosos, quizá por el peso específico de las variables situacionales, por la heterogeneidad de las personas implicadas en actividades delictivas y por la misma diversidad de los delitos (no es lo mismo delinquir contra la propiedad que cometer actos violentos contra las personas). Ni siquiera se ha conseguido diferenciar psicológicamente a distintos tipos de delincuentes (según la clase de delito cometido) en función de su personalidad (Romney y Syverson, 1984).

Hay, sin embargo, algunas contribuciones parciales de la psicología de la personalidad a la predicción psicológica del futuro delincuente. Se ha identificado el rasgo «búsqueda de sensaciones» como especialmente facilitador de la conducta delictiva. Este rasgo implica una necesidad de estimulación constante por parte del individuo, por lo que tiende a buscar situaciones donde hallar niveles de excitación satisfactorios. La actividad delictiva constituye un modo de satisfacer esta necesidad por el nivel de riesgo y aventura que supone (Garrido, 1986).

La comprensión de la conducta humana —la delictiva es una de ellas— requiere la adopción de una perspectiva interactiva entre la persona y la situación en que se desenvuelve. Ahora bien, la influencia de la situación o circunstancias en la conducta de la persona está mediada, en buena parte, por los procesos cognitivos, que afectan a nuestra percepción y, en última instancia, a nuestra relación con el mundo (Mahoney, 1984). Se han señalado algunas variables cognitivas que parecen estar vinculadas a la delincuencia juvenil y que constituyen actualmente, desde la perspectiva psicológica, una de las vías de investigación más prometedoras (Garrido, 1986):

- a) **El «locus de control».** Este constructo se refiere al lugar en donde las personas ubican los determinantes de las cosas que les ocurren. Una persona tiene un «locus de control» *interno* cuando se siente responsable de lo que le sucede en la vida y se siente agente decisorio en las recompensas y castigos derivados de sus actos. Si, por otra parte, una persona cree que tiene poco dominio sobre las circunstancias, y que todo depende del destino o de aspectos externos, se dice que posee un «locus de control» *externo*.

El «locus de control» interno está asociado a una mayor capacidad personal y a una mayor madurez interpersonal. En general, los delincuentes tienen un «locus de control» más externo que los no delincuentes, favorecido en parte por el hecho de que proceden habitualmente de ambientes marginados. Es más, desde un punto de vista predictivo, los delincuentes con un «locus de control» interno tienden a reincidir menos que los delincuentes con un «locus de control» externo.

- b) **La impulsividad.** Los delincuentes juveniles tienden a actuar de modo impulsivo, con escaso autocontrol, por lo que fracasan a la hora de analizar las circunstancias de una situación y las conductas más adecuadas a la misma, así como a la hora de conseguir la demora de la gratificación (preferir esperar para obtener una cosa más valiosa que la que se puede conseguir de inmediato). Esta conducta impulsiva puede ser el resultado de una falta de aprendizaje de la conducta de «pararse a pensar» antes de actuar, o bien del hecho de que, en realidad, el delincuente tiene poco desarrollado el pensamiento, lo que le impide sacar provecho de ese «pararse a pensar» o reflexionar, o quizá del hecho de que no emplee mediadores verbales para regular su propia conducta (es decir, a la hora de ensayar verbalmente consigo mismo el curso de la acción) (Meichenbaum, 1977).
- c) **La percepción social.** Este constructo se relaciona con un conjunto de habilidades que suponen la capacidad de ponerse en el lugar de los otros, de reconocer y comprender la perspectiva de otras personas y de sentir y comprender cómo otros sienten y piensan.

Los delincuentes juveniles poseen un repertorio insuficiente de habilidades perceptivo-sociales, integradas habitualmente en el curso del desarrollo de la persona, a través del proceso de socialización. Es más, la capacidad de percepción social (y la de anticipar las consecuencias de sus actos) es menor en los delincuentes más inadaptados y más peligrosos.

- d) **La solución de problemas interpersonales.** Relacionada con la percepción social, esta capacidad de solucionar problemas interpersonales se refiere a los pasos que hay que dar cuando se enfrenta uno con situaciones difíciles en el trato con los demás (haber obtenido malas notas, discrepar del profesor, iniciar una conducta de acercamiento sexual, buscar trabajo...). Los delincuentes juveniles poseen

una capacidad de resolución de problemas más baja de lo habitual, que, a su vez, tiene una cierta relación con la adopción de conductas violentas.

- e) **La autoestima.** Los delincuentes juveniles presentan, en general, una baja autoestima, que está relacionada, a su vez, con un «locus de control externo»: el concepto que tiene de sí misma una persona puede estar influido por el grado en que puede determinar y controlar lo que le sucede.

Desde esta perspectiva, los delincuentes pueden cometer actos ilegales como una forma de demostrar que ellos pueden llevar a cabo actividades con éxito fuera de lo permitido por la sociedad, a modo de compensación de su incapacidad de sobresalir dentro de los cauces y las actividades aprobadas.

- f) **Razonamiento abstracto versus razonamiento concreto.** Los delincuentes juveniles poseen una forma de pensar o razonar orientada a la acción antes que a la reflexión, a lo concreto antes que a lo abstracto. Al parecer, el déficit radica en la *integración* de la información necesaria para tomar la decisión correcta en muchas situaciones. El problema no está en la capacidad de comprender los conceptos abstractos, sino en la capacidad de elaborarlos, que es el aspecto más significativo en la vida cotidiana.

El pensamiento concreto es una característica, en particular, de los delincuentes reincidentes y violentos y está asociada a una cierta rigidez cognitiva (tendencia a mantener una misma idea a pesar de la evidencia contraria). Esta rigidez impide considerar otras soluciones a los problemas con que se enfrenta la persona, así como llegar a comprender situaciones sociales complejas y cambiantes.

Más que el estudio de la «personalidad criminal» (abandonado en parte por infructuoso), una línea de investigación sugerente en la psicología contemporánea es el estudio de las variables cognitivas. Al margen del valor predictivo sobre la delincuencia juvenil, ha fundamentado unas estrategias de prevención y de tratamiento de la delincuencia juvenil que reorientan los enfoques hasta ahora utilizados.

LA REINCIDENCIA EN EL COMPORTAMIENTO DELICTIVO

Algunos estudios han sugerido que el 45-55% de los delincuentes juveniles oficiales cometen un solo delito demostrado antes de alcanzar la vida adulta (West y Farrington, 1977). Los niños que cometen más de un delito oficial (es decir, el delincuente reincidente) muestran una probabilidad mayor de continuar delinquiriendo. Wolfgang et al. (1972) han señalado que el 54% de los delincuentes por vez primera cometen un segundo delito, que el 65% de los que delinquen dos veces cometen un tercer delito y que el 72% de los que delinquen por tercera vez lo hacen una cuarta. A partir del cuarto delito, un joven ya ha establecido unas pautas de conducta antisocial relativamente estables y duraderas. De estos delincuentes cróni-

cos, el 93% cometen actos delictivos adicionales en la edad adulta (West y Farrington, 1977).

Los delinquentes reincidentes son responsables de la mayor parte del total de los delitos juveniles. Según el estudio de Wolfgang et al. (1972), los delinquentes crónicos, que comprendían sólo un 6,3% del total de la muestra, cometieron el 52% de todos los delitos. La conclusión es que una minoría pequeña de jóvenes es la responsable de la mayoría de los costos sociales que corresponden a las conductas juveniles incorrectas.

La edad de comienzo es un elemento predictor del comportamiento delictivo reincidente. Los delinquentes reincidentes inician su carrera delictiva antes y cometen delitos más graves (Wadsworth, 1979; Osborn y West, 1979). Según Wadsworth (1979), la edad media del adolescente al cometer el primer delito es de 15,5 años, pero la del delincuente reincidente es de 13,5 años. En el estudio de Wolfgang et al. (1972) la gravedad de los delitos está inversamente correlacionada con la edad de comienzo ($r=0.57$); la puntuación más alta en delitos graves fue obtenida por delinquentes preadolescentes que realizaron su primer delito a los 12 años de edad.

Los datos disponibles hasta la fecha permiten, pues, concluir que el delincuente reincidente tiende a incurrir en delitos de mayor gravedad, a iniciar su conducta delictiva en la preadolescencia o en los comienzos de la misma y a establecer unas pautas de conducta antisocial que se prolongan hasta la edad adulta, con desadaptaciones graves, en muchos casos, en su funcionamiento social, familiar y laboral. Y al revés, la ausencia de características antisociales graves en la infancia es un excelente predictor de la ausencia de personalidades sociopáticas en la vida adulta.

La edad de comienzo temprana en la conducta antisocial es un predictor de la delincuencia futura reincidente, pero también de otros trastornos psicológicos. Según el estudio de Robins (1966), que recoge los datos de adaptación vital de 500 personas 30 años después de haber sido remitidos a un Centro de Salud Mental Infantil, los niños antisociales llevados a la consulta (el 60% de la muestra) experimentaron, en relación con los niños llevados a la consulta por otros motivos, mayores dificultades de adaptación, que se concretaron en una tasa mayor de conflictos de pareja, paro, alcoholismo y relaciones sociales inadecuadas. Muchos adultos con historia de conducta antisocial infantil eran clasificados como personalidades sociopáticas (el 28% de la muestra, siete veces más que en otros niños remitidos a consulta y catorce veces más que en el grupo de control) y los que no eran clasificados así presentaban otro tipo de trastornos psicológicos: psicosis, alcoholismo... Sólo el 16% de la muestra estaba exento de trastornos psicológicos.

Según el estudio de Moore, Chamberlain y Mukai (1979), las informaciones de los padres en relación con robos en niños de seis a diez años son altamente predictivas de una posterior delincuencia reincidente en la adolescencia. La localización (por ejemplo, el hogar, la comunidad) del acto delictivo y los adultos implicados (por ejemplo, padres, profesores, policía) han sido señalados como datos importantes por Robins (1966) desde el punto de vista predictivo de la delincuencia,

pero todavía no se ha conseguido delimitar con precisión la orientación predictiva de estas variables.

CONCLUSIONES

Lo que se entiende habitualmente por delincuencia juvenil es algo demasiado heterogéneo (por la diversidad de edades, personas y tipos de conductas incluidas bajo esa rúbrica) como para poder precisar con exactitud unos predictores claros de la conducta delictiva futura. Y, sin embargo, la necesidad de delimitar tales predictores es una tarea urgente ante la magnitud creciente del fenómeno de la delincuencia juvenil y la urgencia en establecer unas estrategias de prevención y de intervención precoz precisas y con unos objetivos bien definidos.

Los niños que tienden a iniciar la conducta delictiva precozmente y a ser identificados como delincuentes oficiales antes de la adolescencia tienen un pronóstico delictivo malo y experimentan con frecuencia de adultos trastornos psicopatológicos. El pronóstico es peor si proceden de ambientes familiares conflictivos y con muchos hijos, si son varones, si pertenecen a una clase social baja y, sobre todo, si han experimentado un fracaso escolar, de origen, en general, muy temprano.

Al margen de la conexión entre actos delictivos infantiles precoces y delincuencia adulta reincidente, con todo tipo de mediaciones, los niños que comienzan a delinquir de forma temprana tienden a presentar de adultos alteraciones psicopatológicas o signos de inadaptación, tales como alcoholismo, politoxicocamñas, conflictos conyugales y paro laboral reiterado.

Por lo que respecta a las variables psicológicas, no se ha conseguido delimitar la «personalidad criminal», ya que no resulta factible determinar un conjunto de rasgos de personalidad específicos del delincuente. Sin embargo, la variable «búsqueda de estimulación» ha demostrado ser relevante en su asociación con delincuentes juveniles. Las variables cognitivas son, probablemente, las de mayor capacidad predictora. Aspectos tales como impulsividad, percepción social, solución de problemas interpersonales y capacidad de razonamiento abstracto han mostrado ser muy valiosos en la diferenciación de los delincuentes con respecto a los no delincuentes; y han fundamentado distintas estrategias de prevención y tratamiento (Garrido, 1986).

BIBLIOGRAFIA

- BACHMAN, J.G.: O'MALLEY, P.M. y JOHNSTON, J. (1978): *Youth in transition, Volume 6: Adolescence to adulthood: Change and stability in the lives of young men*, Ann Arbor: Institute for Social Research.
- ECHEBURUA, E. (1985): «Programas experimentales en el tratamiento de la delincuencia juvenil». EN: I.C.E.: *Pedagogía terapéutica: problemas y perspectivas*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- ELLIOT, D.S. y VOSS, H. (1974): *Delinquency and dropout*, Lexington, Mass.: D.C. Heath.

- ELLIOT, D.S.; AGETON, S.S. y CANTER, R.J. (1979): «An integrated theoretical perspective on delinquent behavior». *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 16, 3-27.
- FRIEDMAN, A.S. (1969): «The family and the female delinquent: An overview». En: O. Pollack y A. Friedman (Eds.): *Family dynamics and female sexual delinquency*, Palo Alto: Science and Behavior Books.
- GANZER, V.J. y SARASON, I.G. (1973): «Variables associated with recidivism among juvenile delinquents». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 40, 1-5.
- GARBARINO, J. (1977): «The human ecology of child maltreatment: A conceptual model for research». *Journal of Marriage and the Family*, 2, 721-735.
- GARRIDO, V. (1986): *Delincuencia juvenil*, Madrid: Alhambra.
- GLUECK, S. y GLUECK, E. (1950): *Unraveling juvenile delinquency*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- GLUECK, S. y GLUECK E. (1968): *Delinquents and non-delinquents in perspective*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- GOLD, M. y PETRONIO, R.J.: «Delinquent behavior in adolescence». En: J. Adelson: *Handbook of adolescent psychology*, New York: Wiley, 1980.
- HASKELL, M.R. y YABLONSKY, L. (1982): *Juvenile Delinquency*, Boston: Houghton Mifflin.
- HEATHERINGTON, E.M. (1979): «Divorce -A child's perspective». *American Psychologist*, 34, 851-858.
- HINDELANG, M.J. (1971): «Age, sex and the versatility of delinquent involvements». *Social Problems*, 18, 522-535.
- HIRSCHI, T. (1969): *Causes of delinquency*, Berkeley: University of California Press.
- JONES, M.B.; OFFORD, D.R. y ABRAHAMS, N. (1980): «Brothers, sisters and antisocial behavior». *British Journal of Psychiatry*, 136, 139-145.
- KIYONAGA, K. (1983): «A follow-up study in delinquent development: I. Effects of the home background and school life on subsequent delinquency». *Re. of Nat. Res. I. of Police Science*, 24, 1-14.
- KRATCOSKI, P.C. y KRATCOSKI, J.E. (1975): «Changing patterns in the delinquent activities of boys and girls: A self-reported delinquency analysis». *Adolescence*, 10, 83-92.
- LEWIS, D.O. et al. (1979): «Violent juvenile delinquents: Psychiatric, neurological, psychological and abuse factors». *American Journal of Child Psychiatry*, 18, 307-319.
- LIPTON, D.N., MARTINSON y WILKS (1975): *The effectiveness of correctional treatment*, New York: Praeger.
- LOEBER y DISHON (1983): «Early predictors of male delinquency: A review». *Psychological Bulletin*, 94, 68-99.
- MAHONEY, M. (1984): *Cognición y modificación de conducta*, México: Trillas.
- McCORD, W. y McCORD, J. (1959): *Origins of crime. A new evaluation of the Cambridge-Somerville Youth Study*, New York: Columbia University.
- McCORD, J. (1979): «Some child-rearing antecedents of criminal behavior in adult men». *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1477-1486.
- McCORD, J. y SANCHEZ (1983): «The treatment of deviant children: a twenty-

- five year follow-up study». *Crime & Delinquency*, 17, 67-80.
- MEICHENBAUM, D. (1977): *Cognitive behavior modification*, New York: Plenum Press.
 - MOORE, D.R., CHAMBERLAIN, P. y MUKAI, L.H. (1979): «Children at risk for delinquency: A follow-up comparison of aggressive children and children who steal». *Journal of Abnormal Child Psychology*, 7, 345-355.
 - MOORE, D.R. y ARTHUR, J.L. (1986): «Delincuencia juvenil». En: T. Ollendick y M. Hersen (Eds.): *Psicopatología infantil*. Barcelona: Martínez Roca.
 - NYE, F.I. (1958): *Family relationships and delinquent behaviors*, New York: Wiley.
 - OSBORN, S.G. y WEST, D.J. (1979): «Conviction records of fathers and sons compared». *British Journal of Criminology*, 19, 120-133.
 - POOLE, E.D. y REGOLI, R.M. (1979): «Parental support, delinquent friends and delinquency: Test of interaction effects». *Estudio no publicado*.
 - ROBINS, L.N. (1966): *Deviant children grown up. A sociological and psychiatric of sociopathic personality*, Baltimore: Williams y Wilkins.
 - ROMNEY y SYVERSON (1984): «An attempt to identify the personality dimensions of the violent offender». *Social Behavior and Personality*, 12, 55-60.
 - ROY HOPKINS, J. (1987): *Adolescencia. Años de transición*, Madrid: Pirámide.
 - RUTTER, M. (1979): «Maternal deprivation, 1972-1978: New findings, new concepts, new approaches». *Child development*, 50, 283—305.
 - SAWIN, D.B. y PARKE, R.D. (1979): «Inconsistent discipline of aggression in young boys». *Journal of Experimental Child Psychology*, 25, 525-538.
 - TIZARD, B. y REES, J. (1975): «The effect of early institutional rearing on the behavior problems and affectional relationships of four-year old children». *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 16, 61-74.
 - TONGE, W.L., JAMES, D.S. y HILLAM, S.M. (1975): *Families without hope. A controlled study of 33 problem families*, Gran Bretaña: Headley Brothers.
 - WADSWORTH, M. (1979): *Roots of delinquency: Infancy, adolescence and crime*, New York: Barnes y Noble, 1979.
 - WAHLER, R.G. (1980): «The insular mother: Her problems in parentchild treatment». *Journal of Applied Behavior Analysis*, 13, 207-219.
 - WELSH, R.S. (1976): «Severe parental punishment and delinquency: A developmental theory». *Journal of Clinical Child Psychology*, 5, 17-21.
 - WEST, D.J. y FARRINGTON, D.P. (1977): *The delinquent way of life*, New York: Crane Russak.
 - WEST, D.J. y FARRINGTON, D.P. (1973): *Who becomes delinquent?*, London: Heinemann Educational Books.
 - WOLFGANG, M.E., FIGLIO, R.M. y SELLIN, T. (1972): *Delinquency in a birth cohort*, Chicago: University Press.

